

Estado, naciones y regiones. Propuesta para una historia comparada y trasnacional.¹

Bartolomé Yun Casalilla

Instituto Universitario Europeo de Florencia

Resumen: Este trabajo constituye una discusión acerca de las formas en que hoy se hace la historia de las naciones, los estados y los territorios, así como una propuesta sobre el modo de afrontar el reto historiográfico que hoy se plantea a la historia del Estado nación y a las historias nacionales construidas desde el siglo XIX en adelante. El autor enfatiza la necesidad de la historia comparada a distintos niveles, así como las posibilidades de la historia trans-nacional. Y ello no sólo como una forma de entender esas realidades, sino también como un modo de entender la propia historia de Europa.

Palabras clave: Estado, nación, historia comparada, trasnacional, Europa.

Abstract: This paper discusses the way historians have dealt with the history of states, nations and territories in Europe. It advances a proposal on how to meet the historiographical challenges posed by the history of the nation-state and the national histories created since the 19th century onwards. The author emphasises both the necessity of an approach based on comparative history and the possibilities of a transnational history, which will enable an approximation to those realities, but also as a way of understanding the history of Europe.

Key words: State, nation, comparative history, transnational, Europe.

¹ Este texto se ha beneficiado -y en algunas partes es el resultado de ellas- de las discusiones con estudiantes de doctorado que han tenido lugar en el seno del seminario sobre *Comparative and Trans-national History* así como de la escuela de verano de título similar, que, junto a mi colega Heinz Gerhard Haupt, he impartido en el Instituto Universitario Europeo de Florencia durante los tres últimos años. Quisiera agradecer a dichos estudiantes y sobre todo al citado colega las ideas y comentarios que me han servido para redactar estas páginas.

Dado el ámbito científico de la revista *Alcores*, centrado en la historia contemporánea, me creo en la obligación de aclarar que estas son las reflexiones de un modernista. En ningún momento me ha guiado la intención de hacer un estado de la cuestión ni menos la de dar cuenta de la interminable problemática que el tema de este dossier plantea a los historiadores de la época contemporánea. Por el contrario y

Los tres términos que componen el eje fundamental de los estudios que aquí presentamos son, quizás, algunos de los más repetidos y considerados por la historiografía contemporánea. Se trata además de conceptos que no solo pertenecen al pasado sino que están inscritos de forma sólida en nuestro presente y en nuestro futuro. Precisamente por esta razón, es inútil intentar aquí un repaso a lo que sabemos acerca de ellos ni tan siquiera a modo de introducción.

Sí que merece la pena, sin embargo, una reflexión sobre algunas de las razones de la extraordinaria actualidad de estos conceptos, de las perspectivas analíticas que se abren ante nosotros y, sobre todo, de algunas cuestiones de método que pueden ser de utilidad para entenderlos y entender las formas de hacer la historia de Europa en el siglo XXI. Todo ello, lógicamente, con el fin obligado de presentar algunas de las claves que unen y justifican los trabajos contenidos en este volumen. Y todo ello dicho con una advertencia previa: en absoluto, dadas las dimensiones de la tarea, se ha intentado responder con esta selección a la multiplicidad de facetas del tema. Por el contrario, se ha intentado tan sólo señalar algunos aspectos de interés con un doble criterio: reflexionar sobre el modo en que en la época contemporánea se han articulado las relaciones entre las tres realidades citadas, por un lado; y, por el otro, establecer algunas de las claves que nos permitan situar el «caso español» en un conjunto más amplio. De ahí, precisamente, el que en este último caso, hayamos atendido a la perspectiva americana que subraya además la necesidad de entender la formación del Estado nación español en el contexto de la crisis y descomposición del imperio americano; una cuestión ésta que abre líneas analíticas hasta muy recientemente menos presentes de lo que hubiera sido de esperar en la historiografía española y que se impone además como un factor esencial de comparación con otros países de Europa².

quizás más modestamente, se ha pretendido sobre todo ubicar algunos de esos problemas en una perspectiva más amplia que interesan así mismo a los historiadores de la época moderna y que nos remiten a cuestiones metodológicas y a preguntas por fuerza comunes. Espero que esto también sirva para introducir coordenadas de reflexión de interés entre aquellos contemporaneístas convencidos de que el tema de las regiones, las naciones y el estado nación en los siglos XIX y XX no se entiende tan sólo desde este marco temporal.

Quisiera agradecer a Jorge Luengo, doctorando del EUI, la ayuda prestada en la redacción de este artículo, así como en la preparación de este dossier.

² No es que el hecho haya estado ausente en la historiografía, pero no es menos cierto que el español -en cierta medida junto al portugués pero de forma diferente-, es el caso en que la transición de Imperio a nación ha estado de forma más claramente presente en el proceso de formación del estado nación. Desde una perspectiva económica, este argumento ha estado presente por ejemplo en libros como el de PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro: *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*, Madrid, Alianza editorial, 1988. Y constituye asimismo parte de los argumentos de BERNAL, Antonio Miguel: *España, proyecto inacabado: los costes/beneficios del Imperio*, Madrid, Fundación Carolina/Marcial Pons, 2005. El tema ha estado también muy presente entre los estudiosos

Tal intento, es decir, el de poner el caso español en contraste europeo, tiene, a mi modo de ver, una justificación tanto científica como política. Científica porque a ningún historiador y a ningún especialista en ciencias sociales se le oculta que el llamado «caso español» sólo se entiende en un contexto mucho más amplio que nos muestre las similitudes y diferencias con respecto a procesos parecidos que tienen lugar en Europa al menos³. Y tiene una justificación política, ya que, quizás porque a veces hemos perdido la perspectiva más general, la propia definición de un «caso español» ha llevado a mirar e incluso a vivir el fenómeno con un cierto sentido traumático, como una patología que se proyecta a veces de forma dramática en la vida social y política actual. Puesto en el contexto europeo, el debate español sobre la articulación del Estado cobra una nueva dimensión. Es en ese plano donde creo se puede conseguir una cierta «distancia epistemológica» -por utilizar un término de Álvarez Junco que, creo, él entendía de otro modo⁴- pero que me parece hoy indispensable tanto para la comprensión del fenómeno por los historiadores como, quizás más importante, para su explicación a la sociedad de una forma más reposada y reflexiva.

Estados, naciones y regiones. Formas de escribir la historia de Europa.

Como queda claro en el ensayo de M. Keating, el Estado nación que nace en el siglo XIX ha estado muy lejos de terminar con otras expresiones identitarias ligadas al territorio. Muchos casos a lo largo y ancho de Europa, el alemán, el francés, el británico o el español, muestran cómo las dinámicas regionales se han reformulado en el seno de los Estados a través de pactos muy complejos y cambiantes entre «centro» y «periferia» dando lugar a procesos de formación o cam-

de los primeros pasos del constitucionalismo español. Véase a este respecto los trabajos citados en el estudio de J. S. Pérez Garzón en este dossier.

³ Desde luego, no es este el lugar para un estado de la cuestión bibliográfico, pero es inevitable hacer referencia al trabajo germinal de LINZ, Juan José: *Early State-building and the peripheral nationalism against the State: the case of Spain*, Beverly Hills, Sage Publications, 1973. Un breve resumen de la perspectiva histórica de esta problemática se puede encontrar en las primeras páginas de FUSI, Juan Pablo: *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000 (3ª ed.), pp. 11-47. La producción reciente sobre el nacionalismo español o sobre los distintos nacionalismos en España es ya prácticamente inabarcable. Me limito a llamar la atención sobre los estudios de ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001; RÍQUER, Borja de: *El nacionalismo español contemporáneo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1996; así como, del mismo autor y por estar más directamente relacionada con el tema de este trabajo, «Sobre el lugar de los nacionalismos-regionalismos en la historia contemporánea española», *Historia Social*, 7 (1990), pp. 105-126. Asimismo, JUARISTI, Jon: *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*, Madrid, Siglo XXI, 1992. Estados de la cuestión, lógicamente cada vez menos actualizados, se pueden ver en BERAMENDI, Justo: «La historiografía de los nacionalismos en España», *Historia Contemporánea*, 7 (1992) pp. 135-154 y en NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M: *Historiographical Approaches to nationalism in Spain*, Saarbrücken, Verlag Breitenbach, 1993.

⁴ ÁLVAREZ JUNCO, José: *Mater Dolorosa. La... op. cit.*, p. 24.

bio en comunidades imaginadas que han inventado, o reinventado, su propia tradición frente a la del mismo Estado nación⁵. Ello ha afectado además no sólo a la política, sino también a la forma de hacer historia a medida que los historiadores se han implicado en tal proceso.

No es extraño en ese contexto que los procesos por los que atraviesa el mundo actual hayan acelerado la emergencia del hecho regional o los así llamados por algunos «nacionalismos periféricos». El mismo debate sobre la Europa actual, y en particular sobre la Unión Europea, bascula entre proyectos de «nacionalismo europeo» y la construcción de una «Europa de las regiones». Y ello hasta el punto de que el problema se ha planteado por algunos especialistas en términos de «paradoja» o, si se prefiere, de «dilemas» que reflejan problemas de elección asociados siempre a costes de oportunidad considerables⁶.

El proceso de globalización ha afectado asimismo al Estado nación, al despertar o contribuir a despertar desajustes entre éste y las regiones. Hoy muchos politólogos y científicos sociales llaman la atención sobre las insuficiencias de éste para afrontar algunos de los problemas actuales más acuciantes. La globalización de los mercados, la internacionalización de los sistemas de comunicaciones, la intensificación de los movimientos migratorios, la internacionalización del terrorismo, los problemas ecológicos a escala planetaria y tantos otros procesos hacen cada vez más evidentes las carencias del Estado nación y arrojan dudas sobre su concepción como necesidad histórica⁷.

El mismo efecto se puede decir que están teniendo los procesos de integración política. En Europa, la ampliación de la Unión hacia espacios históricamente menos articulados en torno a los Estados -y en particular hacia el Este- o con trayectorias muy diferentes a los de los países fundadores de la Comunidad, obliga a relativizar la función de éste. De hecho, no es raro que en Europa Central y del Este el acento se ponga muchas veces en las regiones como forma de legado cultural, si bien en este caso el concepto de región se entiende a menudo como un territorio incluso superior al del estado nación⁸. En América Latina, proyectos como el de MERCOSUR igualmente ponen sobre el tapete problemas de extrover-

⁵ Obviamente, estoy tomando prestados los conceptos de ANDERSON, Benedict: *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*, London/New Cork, Verso, 2006 [1983]; HOBBSBAWN, Enric J. y RANGER, Terence (eds.): *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.

⁶ Véase CAPORAZZO, James A.: *The European Union. Dilemmas of regional integration*, Boulder, Westview, 2000.

⁷ Véase entre otros muchos, BECK, Ulrich: *What is Globalization?*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; OHMAE, Kenichi: *The end of the nation-state. The rise and fall of regional economies*, London, HarperCollins, 1995.

⁸ Un excelente estado de la cuestión al respecto se puede encontrar en los distintos trabajos recogidos en la revista *East Central Europe. L'Europe du Centre-Est. Einwissenschaftliche Zeitschrift*, 32 (2005).

sión en las relaciones económicas de algunas regiones mucho más orientadas hacia los mercados internacionales (sobre todo hacia Estados Unidos) que hacia los de los territorios insertos en los distintos Estados o incluso en el seno de la nueva unión. Una contradicción como ésta es todavía más traumática en un área del planeta en que las identidades regionales se mezclan con fortísimos componentes de tipo cultural e histórico y en los que ideologías muy arraigadas de base indigenista se proyectan con fuerza sobre el territorio y refuerzan los obstáculos históricos de cara a una mayor coherencia interna en el seno de los propios Estados⁹.

Ambos, la globalización y los procesos económicos y políticos de integración territorial, crean un nuevo marco referencial que afecta a las regiones. Áreas que históricamente habían encontrado en el Estado nación la organización política que garantizaba mercados homogéneos, seguros y capaces de reducir los costes de transacción, se encuentran ahora operando en ámbitos de tipo diferente, lo que reduce el interés por esta forma de organización política. Otras regiones cuyas ventajas comparativas dentro de los mercados nacionales se debían al escudo protector del Estado nación se encuentran ahora ante la inoperancia de éste para luchar contra un proceso de globalización o contra procesos de integración que bombean hacia su territorio productos de áreas muy lejanas cada vez más competitivos.

Y, pese a todo, es más que evidente que el Estado nación está lejos de ser un fósil histórico. Es por el contrario, una realidad relativamente vigorosa. La propia Unión Europea es hoy por hoy operativa tan sólo merced al protagonismo de los Estados nación como agentes que operan en su seno¹⁰. Como en la UE, en la

En particular sobre el uso del concepto de legado histórico como clave para la definición de un concepto de Europa Central y del Este, que la autora propone contra el concepto de tradición, puede verse el estudio de TODOROVA, Maria: «Spacing Europe: What is a Historical Region?», *Ibidem*, pp. 59-78. Y una reconstrucción historiográfica al efecto, en JANOWSKI, Maciej: «Why bother about historical regions? Debates over Central Europe in Hungry, Poland and Romania», *Ibidem*, pp. 5-58.

Sobre estas cuestiones puede verse también HAUPT, Heinz-Gerhard, MÜLLER, Michael G. y WOOLF, Stuart J. (dirs.): *Regional and National Identities in Europe, 19th-20th centuries - Les identités régionales et nationales en Europe au XIXe et XXe siècles*, La Hague, Kluwer, pp. 379-410.

⁹ Un estado de la cuestión sobre el arranque de los nacionalismos en América Latina en SABATO, Hilda: «On Political Citizenship in Nineteenth-Century Latin America», *The American History Review*, 106/4 (2001), pp. 1290-1315. Aunque no siempre desde la respectiva que aquí indicamos, son los volúmenes colectivos, ANNINO, Antonio y GUERRA, François-Xavier (coords.): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 2003 y COLOM GONZÁLEZ, Francisco: *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2005, 2 vols. Sobre el problema de la articulación entre Estado y región en América Latina y Europa de forma conjunta puede verse, entre otros muchos, DEMBICZ, Andrzej y LAURELLI, Elsa (eds.): *Procesos regionales en Europa centro-oriental y América Latina. Experiencias de encuentro y transformación*, Varsovia, Universidad de Varsovia, 2000.

¹⁰ También del mismo KEATING, Michael: *State and regional nationalism. Territorial politics and the European State*, Nueva York, Harvester-Wheatshaeaf, 1988.

misma América Latina tan sólo la coordinación entre Estados es capaz de articular el diálogo de intereses diversos. Y los problemas derivados de la globalización son tan sólo resolubles mediante políticas de coordinación que giren en torno a la acción común y a los acuerdos entre los distintos Estados. Por no hablar -el caso de la política hidráulica española es un excelente ejemplo- de las necesidades de coordinación inter-territorial a las que, hoy por hoy, tan sólo el Estado nación parece ser capaz de dar salida.

En otras palabras, la contradicción típica del desarrollo capitalista entre procesos de integración económica y fragmentación política surge hoy en diversas formas. Dicha contradicción es una de las causas de una tensión no ya sólo entre circuitos económicos internacionales y entidades estatales sino que también es una de las razones de tensiones -quizás no tan nuevas- entre Estado nación y territorios. Y, al mismo tiempo, es evidente que el Estado nación sigue teniendo un vigor difícil de exagerar y cuya consideración es imprescindible no sólo para escribir la historia sino incluso para entender el mundo actual por encima de los efectos de los procesos de globalización y de integración¹¹.

Es muy difícil establecer hasta qué punto todo ello está contribuyendo a remodelar nuestra forma de mirar al pasado. Es más, una investigación sobre esta cuestión nos llevaría por los derroteros del estudio de cómo escribimos la historia, de cómo la financiamos, de las estructuras académicas y científicas que sirven a ello e incluso de las relaciones entre historiador y actualidad desde perspectivas muy diversas¹². Lo cierto, en cualquier caso, es que las dudas y las necesidades de revisar una perspectiva historiográfica que ha hecho del Estado nación una de las claves de organización de nuestro conocimiento, muchas veces proyectado hacia atrás hacia épocas muy lejanas, parecen venir también de otros conductos. Permítaseme comentar tan sólo dos de ellos: el de los *subaltern studies* y el de la perspectiva de los modernistas con su crítica al concepto de «Estado Moderno».

Por lo que se refiere a los primeros, una de sus consecuencias es que nos han hecho mirar la historia de los imperios y de las relaciones coloniales desde la perspectiva de los colonizados, lo que, además, ha contribuido a dar una visión menos eurocéntrica de estos¹³. Pero, al poner el acento en los «subalternos» y en

¹¹ Véase, por ejemplo, KEATING, Michael: *The new regionalism...* op. cit., p. 75. O el vigoroso alegato de MANN, Michael: «Globalization, Macro-Regions and Nation.States», en G. Budde, S. Conrad y O. Janz (eds.), *Transnationale Geschichte. Themen, Tendenzen und Theorien*, Göttingen, Vandenhoeck and Ruprecht, 2006, pp. 20-31.

¹² Recuérdese la conocida reflexión de Eugen, WEBER que hacía del historiador una especie de sacerdote encargado de crear esa nueva religión que sería el nacionalismo del siglo XIX. WEBER, Eugen: *Francia, fin de siglo*, Madrid, Debate, 1989.

¹³ Para una reconstrucción del proceso de formación y desarrollo de los *Subaltern studies*, puede verse el ensayo de CHATTERJEE, Partha: «A brief history of subaltern studies», en G. Budde, S. Conrad, y O. Janz (eds.), *Transnationale Geschichte. Themen...* op. cit., pp. 94-104.

el papel de grupos sociales distintos a las elites en los procesos de formación de las naciones, los *subaltern studies* han supuesto además una alternativa a la visión que hasta este momento habíamos tenido sobre tales procesos¹⁴. Mas no es eso todo. Esta escuela historiográfica ha subrayado asimismo la historicidad relativa del Estado nación como organización política, y, más en particular, ha alentado la crítica a intentos muy habituales en los años sesenta de analizar la historia en función de una teoría de la modernización que hacía del surgimiento del Estado nación -o, en su caso, también de la industrialización- una pieza clave, incluso un requisito indispensable, en un proceso por el que necesariamente habrían de pasar todas las sociedades que se preciaran¹⁵. Más allá de eso incluso, se ha llegado a poner en tela de juicio la posibilidad de aplicar los conceptos propios de la historiografía occidental, que arrancan de la Ilustración, como forma de acercarse al estudio de las sociedades no europeas¹⁶.

La historicidad e incluso el carácter contingente del Estado nación se han visto asimismo reforzados desde la perspectiva del modernismo. El concepto de «monarquías compuestas» se ha convertido en un sustituto del de «monarquías nacionales» frecuente hasta los años ochenta entre nosotros y que marcaba una especie de *path dependency* al subrayar implícitamente un proceso lineal que teleológicamente habría de dar lugar a las formaciones contemporáneas que, como Francia, Inglaterra (Gran Bretaña), España o Portugal, habrían tenido su precedente en los «Estados Modernos» contruidos en dichas áreas entre los siglos XVI

¹⁴ Sobre todo GUHA, Ranahit, de algunos de cuyos artículos más influyentes existe traducción al castellano. Véase *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002 y *La historia en el término de la historia Universal*, Barcelona, Crítica, 2003. El prólogo de FONTANA, Josep a la primera de estas obras constituye asimismo, junto con el trabajo citado en la nota anterior, una breve pero buena introducción a los *Subaltern studies*.

¹⁵ Aunque a la postre contendría ensayos muy críticos respecto de esa idea, ese sentido se adivina incluso en iniciativas de gran valor como el proyecto que daría lugar a la obra, ROKKAN, Stein (ed.): *Comparative research across cultures and nations*, París, Mouton, 1968, en cuya introducción se confiesa literalmente su pretensión de discutir sobre las «possibilities and limitations of generalized developmental models in the study of social and political change in any part of the world, whether in the older nations of Europe and the West or in the emerging units of post-colonial Africa or Asia», p. 6. Un intento éste que, por suerte, vendría acompañado de la necesidad de integrar en la discusión a los historiadores y que dio pie a algunos ensayos como el de BENDIX, Reinhard: «Concepts In comparative historical análisis», en S. Rokkan (ed.), *Comparative research across... op cit.*, pp. 67-81, que claramente apostaría por la existencia de «multilineal developments» y la crítica de estas formas de aplicar la teoría de la modernización.

La idea estaría, como digo, presente entre algunos de los miembros de los *Subaltern studies*. Un buen ejemplo es CHAKRABARTY, Dipesh: *Provincializing Europe. Postcolonial thought and historical difference*, Princeton/Oxford, Princeton University Press, 2000, pp. 6-11.

¹⁶ Aunque sus conclusiones son mucho más matizadas y críticas respecto de sus propios planteamientos, esa es la posición que se puede ver ya en el propio libro de CHAKRABARTY, Dipesh, citado en la nota anterior. Véase pp. 11-23. Ello supone incluso una crítica de los propios planteamientos del marxismo tradicional que está la raíz, en su versión gramsciana, del surgimiento de esta corriente.

y XVII. Hoy, muchos modernistas subrayan que las monarquías patrimoniales que vertebrarían esos territorios no tenían nada de modernas en el sentido de que no respondían a proyectos políticos «modernizantes» o que llevaran en su seno las semillas del Estado nación del siglo XIX. Y son muchos también los que reconocen que se trata de formas de organización política específicas, propias de una época y fruto de tradiciones medievales, que tienen muy poco que ver con el concepto de «Estado» en su sentido más estrecho. Se trata, por el contrario, de organizaciones donde la fragmentación jurídica del poder y la naturaleza corporativa de la administración de éste, dista mucho de haber desaparecido bajo el velo de centralización y monopolio de la jurisdicción por parte del rey que se ha enfatizado muchas veces en exceso por parte de los historiadores del siglo XX¹⁷.

El Estado nación aparece así como una forma de organización política propia de una época y un espacio; una época no tan larga como se ha pensado y un espacio muy concreto, más allá del cual la construcción de Estados nación se convierte en un experimento delicado.

Como consecuencia de estos cambios, el Estado como forma de organización política está perdiendo la simetría que muchos le atribuían con la «Nación». La identificación rígida entre un Estado y una nación como comunidad imaginada -todo Estado organiza una nación y toda nación debe organizarse en su Estado- se está rompiendo. El Estado no se ve como la plasmación de una sola comunidad imaginada cuyas esencias y sentido identitario se remontan en la noche de los tiempos hasta cuajar en la forma «estatal» que tiene hoy.

No cabe duda, desde luego, de que existen conceptos de «comunidades imaginadas» que podríamos llamar naciones en el sentido genérico del término desde hace siglos. Incluso en el campo del modernismo, en el que tanto se han de-construido los Estados, se reconocen referencias de este tipo. La tratadística e incluso los historiadores de la España del siglo XVI —algunos de ellos, historiadores de corte nada inocentes de inventar tradiciones comunes a distintos territorios bajo un mismo trono- ya hablan, por ejemplo, de España o de la «restauración de España»¹⁸. Las elites francesas de los siglos XVI y XVII elaboran un concepto de Francia en parte por contraposición a estereotipos sobre comunidades vecinas¹⁹.

¹⁷ ELLIOTT, John Huxtable: «A Europe of composite monarchies», *Past and Present*, 137 (1992); CLAVERO, Bartolomé: *Tantos Estados como personas*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

¹⁸ Sobre esa tratadística historiográfica puede verse entre otros, KAGAN, Richard L.: *El rey recatado. Felipe II, la historia y los cronistas del rey*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004. El término «restauración de España» como un modo de referirse a la reconstrucción de un pasado común peninsular se puede ver en MORALES, Ambrosio de: *Los cinco libros postreros de la Coronita General de España*, Alicante, Biblioteca Virtual de Cervantes, 2003 [1586].

¹⁹ Véase sobre todo BELL, David A.: *The cult of the nation in France. Inventing nationalism*, Cambridge, Mss, 2001.

Incluso en territorios aún muy fragmentados políticamente, como Italia, las elites gobernantes elaboran toda una teoría crítica hacia España que refuerza el sentido de pertenencia a una comunidad frente a ésta.

No vamos a entrar aquí en el hecho conocido de que los componentes de tales comunidades imaginadas, las ideas sobre las que se basan, la forma en que éstas penetraban el tejido social y en que éste las condicionaba eran muy diferentes a las de la sociedad del siglo XIX. Pero sí interesa resaltar que tales representaciones están históricamente disociadas del Estado nación y, sobre todo, han sido eminentemente móviles y moldeadas por circunstancias muy diversas que en más de una ocasión daban lugar a sentimientos de pertenencia a comunidades imaginadas superpuestos y no siempre contradictorios. No debe extrañarnos que a fines del siglo XVI algunos miembros de la elite portuguesa, como el propio Camoens, el poeta que de forma más vigorosa habría de retratar las hazañas lusitanas, hablaran de España como una unidad que incluía Portugal. Como tampoco debería extrañarnos que la historia haya generado un Estado nación portugués y no lo haya hecho en otras áreas que por entonces formaban también parte de la «monarquía compuesta» de los Habsburgo.

Al mismo tiempo, la historia de Europa ha basculado entre dos polos superpuestos cuyo ensamblaje no ha estado siempre claro. De una parte, Europa se ha visto como un mosaico de Estados o de naciones independientes entre sí que llegan a su perfección cuando en torno a ellas se crean los Estados nación del siglo XIX. De la otra, ya desde la misma ilustración, Europa se ha presentado como una cultura común a esos Estados²⁰. Es más, se ha intentado definir una identidad europea en torno a conceptos de diverso tipo: la antigüedad clásica, el cristianismo, la Ilustración, el republicanismo, la democracia, etc.; valores más allá de los cuales es difícil caracterizarla y que hacen europeas a las sociedades que los hayan adoptado. Incluso se la ha llegado a oponer a «otro» imaginado, al Islam musulmán, al despotismo oriental, etc.²¹. Y, lo que es aún más importante para lo que aquí nos interesa, el surgimiento del Estado nación ha llegado a considerarse como una de las más importantes características -incluso como un rasgo esencial y diferenciador- de la historia de Europa y, en consecuencia, de su personalidad e «identidad» actual²².

²⁰ Véase a este respecto la panorámica trazada por VERGA, Marcello: *Storie d'Europa: secolo XVIII-XXI*, Roma, Carocci, 2004. En parte esta idea tiene uno de sus puntos clave en el propio pensamiento kantiano, véase TULLY, James: «The Kantian Idea of Europe: Critical and Cosmopolitan Perspectives», en A. Pagden (ed.), *The Idea of Europe. From Antiquity to the European Union*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 331-358. Algunas cortas pero lúcidas reflexiones sobre las dificultades de crear una identidad europea en PAPCKE, Sven: «Who needs European Identity and What Could it be?», en B. Nelson, D. Roberts y W. Veit (eds.), *The Idea of Europe. Problems of National and Transnational Identity*, New Cork, Oxford, Berg, 1992, pp. 61-74.

²¹ Un ejemplo a ese respecto lo constituye VIOLA, Paolo: *L'Europa moderna. Storia di un'identità*, Turín, Einaudi, 2004.

²² *Ibidem*.

El resultado es una historia de Europa y del Estado nación (y en consecuencia del territorio y las regiones como áreas de proyección de la política) que resalta una contradicción central entre la estructura política (fragmentada) y los componentes culturales y económicos, en plena convergencia. Y lo es asimismo una idea de Europa que recuerda a la del propio Estado nación tal y como se imaginaba en el siglo XIX, con un fuerte criterio esencialista. De hecho, una vez definido lo que Europa es o se cree que debe ser, se decide si determinadas áreas (cristianas o no cristianas, democráticas o no democráticas) son o no son europeas²³. Ello plantea problemas de definición de las fronteras tanto exteriores como interiores: ¿es Europa Rusia?; ¿son europeos los musulmanes parisinos o madrileños?, ¿y qué hay de las sociedades al otro lado del Atlántico que reúnen estos «requisitos»? E igualmente lleva a problemas de retrospcción histórica: ¿son europeos los pueblos germánicos o los sajones del siglo III?, ¿cómo negar su contribución a una herencia cultural «europea»?; ¿era Europa la Rusia del siglo XVIII que algunos ilustrados consideraban fuera de ella?²⁴ Por no hablar de los problemas que plantea la enseñanza de la historia hoy: ¿cómo explicar en términos semejantes la historia de Europa a los miles de musulmanes, que asisten a nuestras escuelas? O por no hablar tampoco de la necesidad de hacerlo de una manera compleja y crítica: ¿realmente se puede identificar Europa con las virtudes del cristianismo, la Ilustración, etc. y olvidar la barbarie y la complejidad histórica que está detrás de ambos conceptos?

Algunas reflexiones para una historia de Europa. Las perspectivas comparada y transnacional y la historia de los estados, las naciones y las regiones.

Es obvia la necesidad de replantearse el engarce entre regiones, Estado y nación, tanto por la importancia que tiene en sí mismo como porque de la forma en que entendemos ese engarce depende la historia de Europa a escribir en el futuro. Máxime si consideramos hechos como los enormes costes que en vidas humanas y sufrimiento ha tenido durante el siglo XX una concepción de la historia de Europa donde las minorías eran extrañas al gran eje del Estado nación sobre el que se articulaba nuestra perspectiva de análisis, o como el profundo sentido de «alteridad» que ésta ha transmitido a los nacionalismos del siglo XX, con la violencia que ello ha representado. O si consideramos -sin agotar el tema- el enorme coste derivado de las dificultades de encaje a menudo violento entre

²³ *Ibidem*. Algunas reflexiones en este sentido también en MÜLLER, Michael: «European History: a façon de parler?», *European Review of History*, 2 (2003), pp. 409-414.

²⁴ Algunas ideas también a este respecto en ISENBURG, Teresa y PASTA, Renato: «Immagini d'Italia e d'Europa nella letteratura e nella documentazione di viaggio nel XVIII e nel XIX secolo. Atti del seminario internazionale», Florence 1999-2000, *Cromb. Ciber Review of Modern Historiography*, 2003 y más específicamente el estudio de CECERE, Giulia: «L'Oriente d'Europa: un'idea in movimento (Sec. XVIII). Un contributo cartografico».

comunidades imaginadas coincidentes dentro de un mismo Estado. Se requieren enfoques que nos ayuden a entender de modo más rico la relación entre las minorías, las regiones, las naciones y los Estados. Como se requieren asimismo reflexiones que nos muestren cómo eso que llamamos Europa se ha conformado en relación a espacios más amplios y globales, fuera de los cuales no se puede entender la historia del Viejo Continente.

En teoría son muchas las soluciones. En la práctica no parece que ninguna sea satisfactoria del todo por las razones que explicaré al final. En todo caso, permítaseme desarrollar aquí dos perspectivas analíticas que, entiendo, son complementarias y afectan directamente al problema de los Estados, las naciones y las regiones. Me refiero a la historia comparada y a la historia «trans-nacional».

Historia comparada.

No cabe duda de que la historia comparada es un excelente antídoto contra muchas de las desviaciones derivadas de la forma en que hemos escrito la historia de los Estados nación, de los distintos territorios y del engarce entre regiones y unidades políticas estatales, e incluso de la propia Europa. Y ello por muchas razones.

Ya desde su formulación más clara por parte de M. Bloch, el que ha sido considerado como uno de sus grandes impulsores llamaba la atención sobre su utilidad como forma de luchar contra la simplificación de una Europa homogénea, donde la diversidad no se entendía en sus justos términos²⁵. Pero sus ventajas son otras muchas²⁶.

Comparar las historias de los distintos Estado nación es una forma de luchar contra el excepcionalismo que ha caracterizado las historias de éste tanto en Europa como fuera de ella y que es en cierto modo la consecuencia del «provincialismo» que en su momento denunciara M. Bloch²⁷. En otras palabras, es una forma de que los historiadores a menudo encasillados en su propia perspectiva nacional miren a la historia de sus propios países con un mayor relativismo y con

²⁵ BLOCH, Marc: «Pour une histoire compare des sociétés européennes», *Revue de Synthèse Historique*, 46 (1928), pp. 15-50.

²⁶ Sin ningún esfuerzo, se podrían extender al campo de las cuestiones que nos ocupan, muchas de las ventajas que de tipo «heurístico, descriptivo, analítico y paradigmático, atribuía Jürgen Kocka a la historia comparada en general. Véase KOCKA, Jürgen: «Comparisons and beyond», *History and Theory*, 42 (febrero 2003), pp. 39-44. Para una buena panorámica sobre el modo en que hoy podemos entender la historia comparada y sus ventajas de tipo general, puede verse, HAUPT, Heinz-Gerhard: «Comparative History», en *Internacional Encyclopedia of the Social and Behavioural Sciences*, Ámsterdam y Nueva Cork, Elsevier, 2001, vol. 4, pp. 2.397-2.403. Sobre el método comparativo y su desarrollo en las ciencias sociales se puede ver asimismo la síntesis de BERG-SCHLOSSER, Dirk: «Comparative Studies: Method and design», *Ibidem*, pp. 2427-2433.

²⁷ BLOCH, Marc: «Pour une histoire... », *op. cit.*

una distancia crítica de indudable valor²⁸. Al analizar de una forma consciente y explícita las similitudes y diferencias, la historia comparada muestra que muchos de los procesos por los que han atravesado los conjuntos que hoy componen cada Estado no forman parte de una supuesta personalidad que se remonta a la noche de los tiempos o de unas esencias históricas que los hacen por definición distintos y opuestos a otros. En el caso de la historia de Europa, la comparación entre los diversos casos de evolución política sirve para relativizar el papel del Estado nación y su distinta importancia según el tiempo y el espacio. Basta considerar a tal efecto los modelos de evolución de la Europa Central y del Este²⁹. Como también sirve para mostrar que éste ha sido parte vertebral de la historia de muchos de ellos respondiendo, sin embargo, a impulsos y circunstancias similares en muchas ocasiones pero no siempre idénticos³⁰.

La historia comparada es el mejor antídoto contra el uso como pseudo-instrumento de los estereotipos «nacionales» y, por tanto, contra la definición de falsos espíritus nacionales que a menudo son el resultado de la manipulación o de la adulteración de la historia cuyas raíces se hunden en los propios procesos de conformación del Estado nación o de las naciones en que los historiadores se encuentran a menudo insertos. Y ello porque, al proceder a una confrontación metódica y rigurosa, dichos estereotipos cobran un relativismo temporal.

El método comparativo, bien aplicado, es el mejor remedio contra un tipo de Orientalismo simplista que tan negativos efectos ha tenido -y tiene- en la relación entre los distintos países. Y lo es también contra los falsos tópicos sobre el pasado que están a la base de fatalismos de fuerte componente teleológico en la historia de los pueblos. Basta pensar -y no es más que uno entre tantos ejemplos posibles- en cómo la historiografía inglesa ha desarrollado una idea de decadencia inglesa similar a la que ha desarrollado asimismo la española y comparar cómo ambas han surgido en las distintas historiografías, para relativizar ambas y ver ese proceso como algo temporal, histórico y desprovisto de fatalismos irracionales³¹. Más aún, en la medida en que la historia comparada constituye un método de contraste de las leyes históricas, es también el instrumento más eficaz para preve-

²⁸ KOCKA, Jürgen: «Comparisons and beyond», *op. cit.*, p. 41.

²⁹ No en vano la historia comparada ha sido considerada como uno de los mejores instrumentos para entender no sólo las diferencias y rasgos comunes respecto de otras áreas de Europa, sino también como el mejor medio para lidiar con fuertes diferencias de tipo regional que han tenido lugar en áreas donde la construcción del estado nación difiere sustancialmente de lo ocurrido en países como Francia o Inglaterra. Véase ANTONI, Sorin: «Introduction: Symbolic geographies, comparative histories», *East Central Europe. L'Europe du Centre-Est. Eine wissenschaftliche Zeitschrift*, 32 (2005), p. 2.

³⁰ *Ibidem, passim*.

³¹ Ver por ejemplo las reflexiones que sobre el caso inglés realizó ya hace tiempo McCLOSKEY, Donald N.: *Si eres tan listo. La narrativa de los expertos en economía*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

nirnos de falsas recetas de cara al desarrollo del Estado nación como las que hemos referido con anterioridad³².

La historia comparada hoy tiene una línea de avance que acrecienta su interés para lo que aquí estamos tratando. Contra lo que ha sido la crítica más frecuente que se le ha realizado hasta no hace mucho, se tiende hoy a la comparación, no de los distintos Estados nación, sino de las regiones o territorios que los componen³³. Ello tiene ventajas muy notables. Por una parte, nos permite entender la complejidad interna del propio Estado nación. Pero además, ayuda a la construcción de una historia de las regiones que no caiga en los errores en que han caído durante mucho tiempo las historias de aquél y en los que en cierta forma están cayendo ya muchos historiadores dedicados a construir historias de comunidades imaginadas a partir de territorios concretos que se quieren representar a sí mismos como naciones. Una historia de las distintas comunidades imaginadas en formación que evite el excepcionalismo, los estereotipos, los esencialismos atávicos referidos en este caso a las regiones y en particular a aquellas que se encuentran inmersas -o los han atravesado ya- en procesos de «invención de su propia tradición» en forma nacionalista. En este sentido es indispensable no sólo comparar procesos regionales, o referidos a otros ámbitos territoriales, que se den en áreas dentro del mismo Estado nación, sino también entre zonas situadas en más de uno de ellos. Una comparación, sin ir más lejos, de la historia de Cataluña y el Languedoc puede ser muy ilustrativa de ambos casos y del modo en que buena parte de los habitantes de una región y otra se han llegado o no a pensar a sí mismos como nación. Sobre todo porque un análisis de este tipo nos puede mostrar cómo los procesos de construcción nacional en ámbitos no estatales han sido siempre fruto de voluntades nacionalistas. Y también porque, al observar evoluciones parecidas, a veces paralelas en el tiempo, pero distintas e incluso a menudo divergentes, se descubrirán momentos decisivos de cambio (*turning point*) en la historia de la construcción de comunidades imaginadas, lo que constituye el mejor antídoto contra los «esencialismos» identitarios que muchas veces están tras las facetas más fanáticas de los nacionalismos de todo tipo.

La historia comparada llevada más allá del propio campo de las naciones y las regiones puede asimismo y de manera indirecta contribuir decisivamente a la comprensión de éstas. Sobre todo si la comparación -e incluso el análisis sin nece-

³² Sobre el uso de la historia comparada y la crítica a las leyes históricas, una idea ya presente en Bloch, puede verse, SEWEL, William H.: «Marc Bloch and the logic of comparative history», *History and Theory*, 6 (1967), pp. 208-218. Asimismo, BRAEMBUSSCHE, Antoon A. van den: «Historical explanation and comparative method», *History and Theory*, 1 (febrero 1989), p. 11.

³³ Para una razonada apuesta por este tipo de comparaciones más allá de las que se pudieran realizar entre estados nación, HAUPT, Heinz-Gerhard: «European History as comparative history», *Ab Imperio*, 1 (2004), pp. 114-125.

sidad de que sea de tipo comparativo en este caso- se realiza no ya sólo en el plano de las historias nacionales o regionales, sino en el de los procesos de construcción de dichas historias; esto es, si se comparan las distintas historiografías que están detrás de la invención de la nación en cada caso. Dicho de otro modo, es evidente la utilidad de una comparación que se ocupe de cómo se han construido las historias de los distintos territorios europeos -y no europeos-, de cuáles han sido los contextos sociales, políticos, económicos, académicos, científicos, etc. en que se han producido e incluso de cómo se mezclan esos procesos con el quehacer de los historiadores³⁴.

Igualmente importante es en la actualidad ampliar el marco de referencias comparativas a áreas no europeas. En cierta forma, ésta es una exigencia del propio proceso de globalización: no se puede hacer historia global, hoy necesariamente en boga, sin un marco de referencia respecto de otros continentes y civilizaciones. Pero las comparaciones entre Europa o entre realidades dentro de lo que hoy llamamos Europa y otras áreas del planeta son aún más importantes en el plano que aquí nos ocupa. De hecho, el campo se ha ampliado en los últimos años de forma decisiva. Historiadores como Pomeranz han llamado la atención sobre el hecho de que la historia de Europa guarda no pocas similitudes, sobre todo en términos de capacidad de crecimiento económico hasta el siglo XVIII con la de Asia y China en particular. Ello no es más que una muestra de que lo que los historiadores occidentales hemos considerado como algo excepcional -la existencia de un crecimiento económico «único» en las sociedades occidentales- no lo es y que tampoco la historia de Europa es «única» en este sentido, lo que no constituye sino un ejemplo más de las ventajas que en otros ámbitos -por ejemplo el del engarce entre territorios y unidades políticas superiores- puede tener la aplicación de la perspectiva comparada³⁵.

Historia trans-nacional e historias entrelazadas.

La segunda línea de estudio a la que me quería referir es la de la así llamada «historia transnacional», un término sin duda discutible y que incluso puede dar lugar a problemas³⁶. De hecho, el término «transnacional» ha ganado terreno entre los historiadores de una manera decidida durante los últimos años. Pero no han faltado las controversias al respecto, ya desde que el *American Historical*

³⁴ En el caso español, contamos con el lúcido estudio de BOYD, Carolyn P.: *Historia patria: politics, history and national identity in Spain, 1875-1975*, Princeton, Princeton University Press, 1997.

³⁵ POMERANZ, Kenneth: *The great divergente. Europe, China and the making of the modern world economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

³⁶ El propio término «historia trans-nacional» plantea no pocos problemas, en los que no vamos a entrar aquí y a los que nos referimos en un trabajo en curso. En todo caso, el lector interesado puede encontrar una definición genérica pero muy precisa y breve en el estudio antes citado de KOCKA, Jürgen: «Comparisons and beyond», *op. cit.*, pp. 42-43.

Review le dedicara un Forum de discusión allá por el año 1991³⁷. Incluso esos debates se han prolongado a épocas más recientes, como se puede ver en el «volumen electrónico» dedicado a cuestiones de este tipo por la revista *H-Germany* tan sólo hace un año³⁸. No es este el lugar de resumir dichos debates, pero sí merece la pena llamar la atención sobre las dificultades de extender el término a períodos anteriores al siglo XIX y sobre todo acerca de la prevención de algunos historiadores -en particular de aquellos que entienden que la historia comparada ha servido para superar el marco del Estado nación- de que un término como el de trans-nacional está ayudando a que la nación (o el Estado nación en la medida en que se han identificado ambos en la historiografía) se siga manteniendo como marco referencial analítico fundamental. Una prevención ésta que -espero poder mostrar- es más de tipo terminológico que real siempre que la historia trans-nacional se practique como lo que realmente es.

Es importante aclarar desde el inicio que el concepto de historia trans-nacional está íntimamente unido al de *entangled history* o, si se quiere, *histoire croisée*, que, dada la ausencia de precedentes hasta donde yo conozco, me gustaría proponer en castellano como «historia(s) entrelazada(s)». Nacida en parte como resultado de una discusión entre historiadores alemanes y franceses y fuertemente ligada al concepto de «transferencias culturales» o (*cultural transfer*), la *entangled history* subraya sobre todo los procesos de interpenetración entre culturas diversas y en particular el papel de los mediadores en esa relación, así como los procesos de «fertilización» mutua que dichas relaciones suponen³⁹. Desde esta perspectiva, la *entangled history* se preocupa no sólo de los procesos de transmi-

³⁷ Véanse las opiniones cruzadas de TYRRELL, Ian: «American exceptionalism in an Age of international history»; McGERR, Michael: «The price of the 'New transnational history'»; y TYRRELL, Ian: «Ian Tyrrell response», *American Historical Review*, 96 (octubre 1991), pp. 1.056-1.067 y 1.068-1.072 respectivamente. También con ciertas pretensiones de dar una visión de conjunto, puede verse el conjunto de trabajos, fruto de una serie de discusiones organizadas en 1991 el Centro Bairati de la Universidad de Turín sobre el caso norteamericano, incluidos en *The Journal of American History*, (diciembre, 1999) y, en especial, el trabajo introductorio de THELEN, David: «The nation and beyond: transnational perspectives on United States history», *Ibidem*, pp. 965-975.

³⁸ Véase http://www.h-net.org/~german/discuss/Trans/forum_trans_index.htm [Consulta: 31-XII-2006].

³⁹ Aunque aparentemente paradójica, la creciente importancia de la «*histoire croisée*» arranca del debate sobre las posibilidades de realizar comparaciones entre procesos entrelazados. Así, a las visiones negativas a ese respecto de ESPAGNE, Michel: «Sur les limites du comparatisme en histoire culturelle», *Genèses*, 17 (1994), pp. 112-121, han venido acompañadas de un creciente interés por los cambios que en cada sociedad provoca la relación con otra; cambios que en muchas ocasiones se consideran también de forma comparada. Una buena introducción a los problemas que plantea se puede encontrar en WERNER, Michael y ZIMMERMANN, Bénédicte: «Penser l'histoire croisée: entre empirie et réflexivité», en M. Werner y B. Zimmermann (eds.), *De la comparaison à l'histoire croisée*, París, Seuil, 2004, pp. 15-52. Se trata además de una corriente que toma fuerza especialmente en el estudio de las relaciones mutuas entre Francia y Alemania en la época de la postguerra y, más en particular, en el estudio de las relaciones

sión o de relaciones entre culturas, sino que pone el acento en la reacción de cada una de esas sociedades ante la otra, en la adaptación, adopción e incluso «traducción» cultural de los objetos de esa comunicación y en el cambio que todo ello provoca en la relación entre dos grupos sociales e incluso entre las sociedades en que se sitúan.

La historia trans-nacional se propone aquí precisamente como un campo de estudio que parte de dichos presupuestos metodológicos para aplicarlos a grupos sociales que se ubican en comunidades imaginadas distintas⁴⁰. Es asimismo una perspectiva que se ocupa del modo en que esas comunidades han creado imágenes mutuas y de la manera en que, en ese proceso, se han ido definiendo a sí mismas como tales frente al resto. J. Kocka decía por ejemplo de la «*entangled history*» que se centraba sobre todo en «the process of mutual influencing, in reciprocal or asymmetric perceptions, in entangled processes of constituting one another»⁴¹. Todos ellos aspectos que son cruciales para entender el proceso de formación de las comunidades imaginarias en toda su complejidad⁴².

Definida así, la historia trans-nacional, más que un método -a diferencia de la historia comparada- es una perspectiva que va asociada a algunas propuestas

entre las diversas comunidades intelectuales situadas a ambos lados de la frontera entre los citados países. Es en ese contexto además donde la idea de «*transfer culturelles*». Algunos trabajos en ese sentido se pueden encontrar en ESPAGNE, Michel (ed.): *L'Ecole normale supérieure et Allemagne*, Leipzig, Universidad de Leipzig, 1995; o en BÖDEKER, Hans Erich y FRANÇOIS, Etienne (eds.): *Aufklärung/Lumières und Politik Zur politischen Kultur der deutschen und französischen Aufklärung*, Leipzig, Universidad de Leipzig, 1996. Véase asimismo el volumen editado por Werner y Espagne y citado más adelante.

⁴⁰ Estoy desarrollando esta propuesta en un texto paralelo que espero vea pronto la luz. Sus puntos de partida -al contrario de lo que a menudo se ha hecho- son el de reconocer la historia trans-nacional en el sentido más amplio del término nación, incluso a veces en su sentido menos estrictamente histórico, y el de considerarla más como una perspectiva o, si se quiere, como un método hermenéutico, que tiene como función la de poner el acento en determinadas dimensiones de la historia o de las sociedades actuales en general más que en convertirse en un método analítico, función ésta que a mi modo de ver cumple por el contrario la «*entangled history*» aplicada incluso a realidades que no se ubican en comunidades imaginadas diferentes.

⁴¹ KOCKA, Jürgen: «Comparisons and beyond», *op. cit.*, p. 42.

⁴² Un excelente ejemplo a mi modo de ver, lo constituye la tesis doctoral recientemente defendida en el IUE de Florencia por ÁLVAREZ LÓPEZ, Ana Isabel: *Los embajadores de Luis XIV en Madrid: el imaginario de lo español en Francia (1660-1700)*, Florencia, tesis defendida en octubre de 2006, y que explora un aspecto como el del papel de los servicios diplomáticos en la conformación de imágenes mutuas entre Francia y España en el siglo XVII. En el mismo sentido se puede citar WINDLER, Christian: *La diplomatie comme expérience de l'autre. Consuls français au Maghreb (1700-1840)*, Ginebra, Droz, 2002. Especialmente interesantes también en este mismo sentido, que no es sino un aspecto más de la llamada historia trans-nacional, son los trabajos de IRIYE, Akira, del que se pueden ver entre otros, Akira IRIYE: *Global Community: The Role of International Organizations in the Making of the Contemporary World*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 2002. Asimismo *Cultural internationalism and world order*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1997. Iriye es el responsable de la obra colectiva, *Dictionary of Transnational History*, que según parece verá la luz en McMillan en el año 2007.

metodológicas muy claras. De hecho, aparte de en la *entangled history*, la perspectiva que implica puede y debe tener una de sus bases en la teoría de redes. Esta enfatiza precisamente el papel de las redes sociales, mercantiles y culturales sobre las que circulan los intercambios entre sociedades haciendo énfasis en los procesos de intermediación y en el papel de los puntos nodales y de los mediadores que actúan en el seno de los canales que componen.

Y es obvio que la historia trans-nacional en el sentido más amplio del término «nación» es crucial en el conjunto de problemas que nos ocupan aquí. Por una parte, porque, así entendida, la historia trans-nacional necesariamente debe tomar la nación como una construcción histórica y no como una realidad dada, inamovible y fija que caracteriza la «esencia» de los pueblos. Es decir, debe tomarla como el resultado de un proceso complejo en el que es clave la relación entre las distintas comunidades e incluso entre grupos sociales específicos de ellas. Más aún, al poner el acento en las mediaciones y mediadores que intervienen en esos procesos, esta perspectiva no sólo subraya la contingencia de estos, sino que saca a la luz los mecanismos y los intereses que están detrás de ellos; otra forma ésta de criticar visiones esencialistas e idealizadas de los procesos de formación de las identidades y las prácticas ligadas a la formación de las naciones.

Estos criterios se aplican asimismo a las regiones, a sus relaciones mutuas, con lo que cabe entenderlas como conjuntos dinámicos que se incardinan de forma diferente en el Estado nación; una entidad a su vez necesariamente fluida e histórica como tal.

La perspectiva trans-nacional no sólo relativiza y da historicidad a los diversos procesos de construcción nacional o de las comunidades imaginadas en general, sino que es un excelente antídoto contra la historiografía que hemos heredado del siglo XIX y que se ha articulado preferentemente sobre el Estado nación como unidad de análisis, sea para entender la realidad de las sociedades en el seno de dicho Estado, sea para estudiar las relaciones entre ellas⁴³. En efecto, al poner el acento en las relaciones entre grupos humanos insertos en comunidades imaginadas diferentes, la historia trans-nacional se distingue plenamente de la antigua historia internacional: las relaciones entre países no se miran sólo desde la perspectiva de las relaciones entre gobiernos (que tenía uno de sus soportes en la historia diplomática) o entre unidades nacionales de conjunto (por ejemplo cuando se habla de las relaciones económicas entre dichos países), etc. Por el contrario, ese acento en las relaciones entre grupos o territorios a ambos lados de fronteras políticas, culturales, religiosas, etc. permite descubrir lazos de relación al margen del Estado nación como agente histórico. Un buen ejemplo de ello es

⁴³ Aunque muy brevemente también a esto hace referencia THELEN, David: «The nation and...», *op. cit.*, pp. 965-967.

un análisis como el realizado por S. Conrad sobre la influencia de la historiografía alemana en la historiografía japonesa y el modo en que ello ha afectado a la construcción de la historia del Japón y, por ese conducto, en la realidad del Japón como comunidad imaginada hoy⁴⁴. Desde el punto de vista de la historia cultural, la historia trans-nacional cambia asimismo la perspectiva. El énfasis en los mediadores de la transmisión cultural entre unas áreas y otras y en las redes sociales que sirven de soporte a esa mediación deja muy claro que las relaciones culturales entre las distintas áreas de Europa han sido y son relaciones entre grupos y no relaciones entre Estados. Se podría decir que en muchas ocasiones han sido relaciones al margen del Estado, aunque el contexto en que se movían esas redes en cada una de las comunidades imaginadas el Estado haya tenido una importancia crucial para el resultado final de esos procesos⁴⁵. Desde la perspectiva de la historia económica por ejemplo la historia trans-nacional necesariamente tiene que retomar el estudio de los flujos de bienes, servicios y factores productivos entre áreas diversas que si bien se producen a menudo en el contexto de los Estados nación no se reducen a la dinámica de estos. Estudios como el de S. Pollard, quien enfatizaba precisamente el componente regional de las industrializaciones europeas apuntan precisamente en este sentido. Es obvio que, a ciertos niveles analíticos, no se puede hablar de una industrialización francesa o española, sino de industrializaciones regionales que se basan en la formación de mercados nacionales y de flujos de capital dentro de los Estados nación del siglo XIX, pero que tienen en los lazos trans-nacionales una de las claves más importantes: inversiones de otras regiones europeas, transferencia de tecnología, mercados regionales fuera de las fronteras del Estado nación, etc⁴⁶.

Al relativizar la importancia del Estado nación como campo prioritario de fragmentación del pasado o como agente de los procesos históricos, la historia trans-nacional implica, si no una alternativa, sí un complemento crítico que reconoce la importancia relativa de éste y su carácter histórico. Al mismo tiempo nos da una visión más compleja de la historia global o de las relaciones internas que se establecen en el seno de las organizaciones supranacionales e incluso de los

⁴⁴ Véase entre otros trabajos del mismo autor: *Auf der Suche nach der verlorenen Nation. Geschichtsschreibung in Westdeutschland und Japan 1945-1960*, Göttingen, Vandenhoeck and Ruprecht, 1999.

⁴⁵ Un excelente ejemplo, que se está convirtiendo en un clásico a medida que toman cuerpo los estudios de historia trans-nacional, es ESPAGNE, Michel y WERNER, Michael (eds.): *Transferts: les relations interculturelles dans l'espace franco-allemand (XVIIIe et XIXe siècle)*, París, Editions Recherche sur les civilisations, 1988. Asimismo LÜSEBRINK, Hans-Jürgen y REICHARDT, Rolf (eds.): *Kulturtransfer im Epochenumbbruch. Frankreich-Deutschland, 1770 bis 1815*, Leipzig, Universidad de Leipzig, 1997.

⁴⁶ POLLARD, Sidney: *Peaceful Conquest: The industrialization of Europe, 1760-1970*, Oxford, Oxford University Press, 1981 [existe traducción en castellano: *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1991].

imperios. Estas no son ya sólo relaciones estructurales polarizadas en Estados centrales (colonizadores) y Estados periféricos (colonizados), sino entidades que se sustentan en redes trans-fronterizas y a veces trans-culturales de relación mucho más complejas y que son de naturaleza económica, social y cultural. En ellas, la negociación tiene un valor esencial, sin por ello perder de vista el alto grado de violencia y de dominio que implican esas relaciones, sino justamente al contrario, enfatizando dichos aspectos de la realidad al tiempo que nos permite descubrir las distintas voces que se comunican en esa relación, los procesos de mestizaje que los presiden (en su vertiente más asimétrica) y las confrontaciones de prácticas culturales y sociales que conllevan.

Por supuesto, un aspecto clave de esta perspectiva es el de la revisión del concepto de frontera. La frontera, tanto geográfica y política como sobre todo cultural y social no se puede ver ya como algo fijo, sino como un lugar de intercambio y confrontación que es resultado pero también factor de la formación de comunidades imaginadas. Este enfoque, del que existen magníficos ejemplos en la historiografía española y que hoy se ha convertido en un aspecto clave de la historia reciente y de la política de la unión Europea, ha dado lugar a una extensa literatura que es imposible resumir aquí⁴⁷. Se trata además de un fenómeno esencial para entender en toda su complejidad el proceso de formación de comunidades imaginadas y su aleatoriedad y contingencia, sobre todo si se entiende que las fronteras no son sólo geográficas, sino también intelectuales y que tienen puntos neurálgicos y niveles diferentes.

Para terminar -sin, por supuesto, agotar las cuestiones- la historia-transnacional enlaza en toda su complejidad con la historia global. De hecho, es posible decir que las fronteras entre ambas e incluso las diferencias no están siempre claras. Lo importante en cualquier caso es que, al enfatizar la complejidad de las relaciones entre áreas, entre culturas y entre grupos sociales situados en universos culturales diferentes, la historia «trans-nacional» constituye un instrumento esencial y una perspectiva crítica que contribuye sin duda al matiz a la hora de entender las relaciones entre las distintas áreas del planeta. Entendiendo que la historia trans-nacional se construye sin olvidar el Estado y las naciones pero subrayando las fuerzas sociales ajenas a éstos, es evidente que puede aportar visiones alternativas de gran interés, como las que no hace mucho subrayaba Akira Iriye, uno de los especialistas en historia internacional y diplomática que de forma más decidida han defendido este enfoque⁴⁸. Pero, sobre todo, los planteamientos de la his-

⁴⁷ SAHLINS, Peter: *The Making of France and Spain in the Pyrenees*, Berkeley, University of California Press, 2001. Asimismo, con una perspectiva más centrada en la Europa contemporánea, puede verse, PÉCOUT, Gilles (dir.): *Penser les frontières de l'Europe du XIXe au XXIe siècle*, París, Presses Universitaires de France, 2004.

⁴⁸ Véase por ejemplo «Trans-Pacific relations in transnational history [preliminary draft]» en:

toria trans-nacional pueden ser de especial interés para la *Global History*, si se aprovechan el énfasis de aquella por la función del contexto espacial y temporal en las relaciones entre culturas. El preciso equilibrio que plantea la historia trans-nacional entre lo local y las relaciones a larga distancia, su énfasis en entender los procesos mutuos de «fertilización» cultural constituye un contrapeso crítico de inestimable valor a las generalizaciones interesaciales que son propios de la historia global⁴⁹.

Hacia la historia de las historias de Europa.

Es importante subrayar que todo lo anterior podría ser de utilidad para (re)escribir la historia de Europa más allá del de un conjunto de Estados nación que, simplemente, responden a ideales comunes. De una parte la historia comparada, en las dimensiones y presupuestos que está tomando en la actualidad, nos lleva a entender una Europa mucho más compleja, con similitudes y diferencias entre áreas y no sólo entre naciones o Estados. Nos permite, en fin, escribir «las historias» de Europa, más que «la historia» de Europa⁵⁰, sin por ello perder de vista la existencia de rasgos comunes entre las distintas áreas y sin hacer del Estado nación el único marco de referencia. No es extraño en ese sentido que más de un autor haya visto en el proyecto alemán sobre el estudio de las burguesías europeas en el siglo XIX un ejemplo excelente de este tipo de cuestiones que incluso ha llevado no sólo a encontrar rasgos comunes y diferentes, sino a plantear con criterios regionales, descubrir que hay zonas donde esa burguesía o clase media ha sido tan débil en el XIX que introduce matices sobre la utilización de este rasgo como característico y *conditio sine qua non* de europeidad⁵¹.

Desde su propia perspectiva, la historia trans-nacional puede contribuir a una comprensión más crítica de los procesos de convergencia y de rechazo entre los pueblos europeos. No sólo puede ser de interés para entender el Viejo Continente desde la perspectiva de cómo esos pueblos se han definido respecto de los otros e incluso de la formación de una serie de imágenes de lo europeo en relación a lo que no lo es. También puede servir para entender Europa como una red de relaciones de cooperación y conflicto más allá de las que se establecen a través de los cauces oficiales de los distintos Estados y naciones. O quizás fuera

http://www.sal.tohoku.ac.jp/~kiri-hara/public_html/cgi-bin/shibusawa/Akira_Iriye.pdf [Consulta: 31-XII-2006].

⁴⁹ Un interesante ensayo sobre la perspectiva global en la historia –en el que, sin embargo, se echa de menos la perspectiva latinoamericana– se puede encontrar en el reciente texto de O'BRIEN, Patrick: «Historiographical traditions and modern imperatives for the restoration of global history», *The Journal of Global History*, 1/1 (2005), pp. 3-40.

⁵⁰ La expresión no es mía, sino de mi colega Heinz-Gerhard Haupt.

⁵¹ Más adelante volveremos sobre esta cuestión. Por ahora baste decir que en ese sentido se planteaban algunas de las reflexiones de MÜLLER, Michael: «European History...», *op. cit.*, pp. 413-414.

mejor decir que para reforzar una idea ya existente en ese sentido, que subraya el peso de la sociedad civil -permítaseme un término que no creo extrapolable a la época moderna- en los procesos de transferencia cultural. Ello al tiempo que se escribe una historia de Europa en que las distintas trayectorias regionales no se entienden sino en su propia interacción histórica y en que el conjunto, por fuerza complejo y dinámico, tampoco es comprensible prescindiendo de la perspectiva más amplia que comprende las relaciones con otras culturas y la relación fronteriza con ellas. Todo lo cual constituye una forma de ver la historia europea como un todo de partes complejas y límites difíciles de establecer, pero en el que el estudio de los cauces que han servido para crear las relaciones de armonía y conflicto entre culturas y pueblos precede y es incluso más importante en algunas ocasiones a la definición de una supuesta «identidad»⁵².

Conviene señalar, en cualquier caso, que tampoco la historia comparada y transnacional están exentas de problemas. No es este el lugar de desarrollarlos con detalle. Pero sí es obvio que ambas, y sobre todo la primera, plantean una dificultad de lenguaje y de traducción derivado de la necesidad de «traducir» términos y conceptos de unas lenguas y universos conceptuales a otros. Este hecho, del que han advertido sobre todo Mónica Juneja y Margrit Pernau, es especialmente importante cuando las comparaciones o las transferencias se establecen entre áreas europeas y no europeas en las que las distancias históricas y lingüísticas alcanzan una entidad mucho mayor⁵³. Tal problema se ha intentado afrontar por parte de la escuela alemana de historia comparada mediante la aplicación de los principios de Koselleck y la comparación de la propia genealogía de los términos y de los conceptos, como una forma de penetrar en realidades y procesos también diferentes. Es el caso del interesante trabajo de J. Kocka sobre la burguesía o clase media del siglo XIX⁵⁴. Pero no es menos cierto que este problema es difícil de resolver. Tampoco es extraño que la historia transnacional haya planteado el problema de la definición de los puntos en relación -paralelo a la determinación de la definición de las unidades de comparación en la historia comparada. Y ello porque, si lo que queremos estudiar es el proceso de formación de comunidades

⁵² Eso precisamente lo que yo mismo he intentado hacer, no sé si con buenos resultados en «Redes urbanas atlánticas en la formación de Europa (1500-1800). A favor y en contra de una interpretación *whig* de la historia europea», en FORTEA, José Ignacio y GELABERT, Juan E. (eds.): *La ciudad portuaria atlántica en la historia: siglos XVI-XIX*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006, pp. 355-380.

⁵³ «Lost in translation? Transcending boundaries in comparative history», presentado al panel *Concepts in transcultural history*, en el *First European Congress of Global History*, Leipzig, 2005.

⁵⁴ KOCKA, Jürgen (ed.): *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich*, München, DTV, 1988, 3 vols. De esta obra se han realizado traducciones en gran parte de los idiomas bibliográficos. En castellano se encuentran traducidos únicamente algunos artículos en FRADERA, José M.^a y MILLÁN, Jesús (eds.): *Las burguesías europeas del siglo XIX: sociedad civil, política y cultura*, Madrid/Valencia, Biblioteca Nueva/Universidad de Valencia, 2000.

imaginadas en su propia interacción, siempre es difícil definir tales comunidades antes de su proceso de formación sin llegar a una especie de apriorismo que no es mucho mejor que las definiciones esencialistas a que antes me he referido. Es más ¿cómo definir las relaciones entre Europa y otros mundos en la larga duración en su proceso de conformación desde etapas lejanas si la primera, Europa, es fruto precisamente de esa relación? No hay, desde luego, soluciones a todos los problemas metodológicos y teóricos que se nos puedan plantear; o por lo menos no las tiene quien esto escribe. Y no se debe buscar en estas propuestas la panacea que los solucione todos. Tampoco se puede decir que las propuestas que acabamos de mencionar sean una total novedad en muchos sentidos. Pero no es menos cierto que desde esta perspectiva se podrán corregir algunos sesgos de la historiografía de los siglos XIX y XX, así como responder con un poco más fundamento a algunas de las cuestiones que el hombre del siglo XXI se plantea a la luz de las tensiones entre el Estado nación y los territorios a que nos hemos referido al principio.

Es obvio que los ensayos recogidos en este dossier no se sitúan siempre ni todos en la propuesta que acabamos de hacer. Como lo es asimismo -ya se ha dicho- que no cubren todas las dimensiones posibles del tema. Tanto la historia comparada de los Estados, las naciones y las regiones, como las aproximaciones que se pueden hacer a ellos desde la perspectiva de la historia transnacional han de ser el producto de trabajos y colaboraciones que absorberán tiempo y energías. Sin embargo, hemos querido situarlos en este marco porque todos tienen ya elementos que permiten alumbrar líneas futuras de desarrollo en esa dimensión. La visión de conjunto de los regionalismos europeos y la comparación del papel de la religión y las relaciones entre la religión y la política que se pueden encontrar en los trabajos de Keating y Haupt es obvio que abren nuevas perspectivas de gran interés. Leídos desde la clave española, estos estudios no sólo contribuyen a relativizar los problemas del Estado nación y su proceso de construcción que tanto han ocupado a los especialistas. El primero constituye una panorámica muy demostrativa de cómo muchos de los problemas en torno a la articulación política de los diversos territorios en el Estado nación es, en realidad, una cuestión de escala europea, lo que -enlazando con lo que decíamos al principio- puede servir para desdramatizar y sobre todo para ver con una perspectiva más amplia el caso español. El segundo de ellos nos obliga también a ver el papel de la religión en la construcción del Estado español desde el siglo XIX con un mayor relativismo, pues muestra que las distancias entre lo ocurrido aquí y alguno de los modelos que en ese trabajo se presentan son considerables y ponen en entredicho procesos que pudieran parecer lógicos pero no son históricamente necesarios o únicos.

En ese mismo sentido, los trabajos de Pérez Garzón y Aguilera y, en cierto modo, el de Mora y Santamaría no sólo afrontan el problema de entender la

España del siglo XIX en el contexto de las relaciones con Cuba. También se fijan en el papel de determinados grupos sociales a ambos lados del atlántico en la construcción del Estado español: los diputados americanos en el parlamento español y en particular en los procesos de desarrollo constitucional de principios de siglo, los «sacarócratas» cubanos en la península. Al poner el proceso de transición de imperio a nación y del siglo XIX en el contexto de las relaciones «transnacionales» entre la metrópoli y las colonias (provincias americanas), sobre todo los dos primeros alumbran aspectos que son importantes para entender la historia de América y de Cuba en particular y también para elaborar un modelo de formación del Estado nación cuya comparación con otros países de Europa puede aportar reflexiones de gran interés. El español es uno de los pocos casos en que la construcción del Estado nación se mezcla con un proceso de descomposición de un imperio colonial. Y es precisamente esto lo que, entiendo, está en el trasfondo de los tres trabajos presentados aquí en tanto que los tres revelan, desde ópticas diferentes, los problemas que plantea a ese proceso la diversidad de situaciones en el interior de dichas organizaciones «supranacionales» y la compleja situación de elites políticas y económicas que se movían en realidad en unas condiciones de trans-nacionalidad, cuya consideración es más que obligada para entender el proceso de formación del Estado nación en su conjunto. Me parece que esta perspectiva que liga además con los presupuestos de una historia atlántica no ha estado siempre lo presente que sería de desear en las caracterizaciones generales que ha hecho la historiografía peninsular. Y no se olvide que hay quien ha caracterizado la historia atlántica como una suerte de historia trans-nacional incluso cuando se habla de relaciones en el interior de los imperios de ese ámbito.